

El sueño de Justiniano

Salvador Felip Represa

Constantinopla, 1 de Enero de 532

La silueta de la gran basílica de Santa Sofía se vislumbraba claramente a través de la ventana. El tejado a dos aguas que coronaba la nave central mostraba un oscuro tono grisáceo, iluminado por la claridad de la luna, atrayendo la mirada del emperador como si de un nuevo faro se tratase.

Desde el estrecho mirador en lo alto de la cúpula del Octagon, los pardos ojos del emperador miraban hacia el norte, por encima de los rojizos tejados de los edificios palaciegos y de las cúpulas que coronaban los baños de Zeuxipo. Posada en la basílica, su mirada mostraba esa extraña mezcla de vivacidad y melancolía que tan sólo la presencia de Teodora, su esposa, conseguía aliviar.

Se llamaba Flavio Pedro Sabatio, aunque eran pocos los que recordaban su nombre, y menos los que osaban utilizarlo. Incluso para él mismo, decidido a olvidar su humilde origen, aquellas tres palabras casi carecían de significado. Para la historia sería tan sólo Justiniano.

Un ruido le hizo volver la cabeza, desviando su vista de la ventana. Veinte codos más abajo, en el centro de la sala, iluminada por la titilante luz que emitía el prendido aceite de ocho amplios braseros de bronce labrado, uno de los criados eunucos de palacio elevaba los ojos hacia él. Desde su posición, el esclavo tan sólo podía observar la oscura forma de la clámide púrpura del emperador moviéndose entre las sombras del techo, al trasluz de los anchos ventanales que se dibujaban en el tambor de la estrecha cúpula octogonal. El sirviente se persignó antes de realizar una apresurada reverencia y huir, más que retirarse, con el rostro lívido.

Justiniano era consciente de los rumores que circulaban entre la servidumbre del palacio. Sus frecuentes paseos a altas horas de la noche despertaban innumerables comentarios, así como un sin fin de risibles cuentos, en los que su cabeza desaparecía mientras caminaba, o su rostro se transformaba en una pálida tez carente de rasgos humanos. La pueril imaginación de los esclavos suponía un fértil terreno para leyendas sobre el diablo. Sin embargo, ninguno de ellos podría entender el por qué de su insomnio, de sus interminables días enterrado en la burocracia del estado, de su continuo ensimismamiento.

Gracias a su elevada posición, observó el suelo de la amplia sala, vacía tras la veloz salida del funcionario. Un inmenso mosaico de diminutas teselas ocupaba casi todo el espacio, rodeado por un ancho círculo de motivos florales. Sobre el pavimento, los mosaiquistas habían dibujado una excelente vista de Constantinopla, un triángulo de abigarradas construcciones de piedra y mármol rodeado por pequeñas ondas azuladas. En primer plano, a un lado de la detallada representación, un orgulloso Constantino marcaba los límites de su nueva Roma con una lanza.

El emperador clavó los ojos en aquel rostro minuciosamente definido sin poder evitar un destello de envidia, envidia por la fama de grandeza que Constantino había dejado a la posteridad, envidia por haber sabido vencer a la muerte legando al futuro la mayor ciudad sobre la tierra.

A lo largo de los siglos, muchos hombres habían ocupado el solio imperial. De la mayoría tan sólo restaban viejas estatuas o un simple nombre en un papiro olvidado en el fondo de un inmenso archivo. Apenas un puñado permanecía en la mente del pueblo, recordados por la historia.

El día en que ascendió al poder, Justiniano se juró a sí mismo que no sería uno más en aquella lista. Para el vulgo no existía peldaño más alto que involucrarse en la púrpura. Sin embargo, para quién se había criado desde joven para ser emperador, la realeza no bastaba por sí misma. Necesitaba más.

Ya en su juventud se sentía predestinado a ocupar un puesto junto a César, Augusto, Trajano o el mismo Constantino. Disponía de cuantas aptitudes personales se precisaban para ello: fe inquebrantable en el Señor, ambición, infatigable disposición para el trabajo, paciencia para conseguir sus fines y una clara idea de lo que debía hacer.

Dios le había agraciado con la diadema de emperador poniéndole al frente de un imperio mutilado. La parte occidental del otrora glorioso estado romano se hallaba sojuzgada por pueblos bárbaros. Hispania, Galia, Britania... La propia Roma se encontraba al arbitrio de las huestes de los ostrogodos.

Lo que para hombres débiles e inconstantes suponía una terrible desventaja, para Justiniano representaba una descomunal oportunidad. Desde el día que se sentó en el trono supo cuál sería su destino. Refundar el imperio. Si Constantino pasó a la historia por crear una nueva ciudad, él sería recordado por crear un nuevo imperio, una nueva Roma.

Durante años había trabajado con ese objetivo en mente, trazando planes, amasando dinero y recursos, estudiando cuidadosamente los pasos a seguir. Por fin, se encontraba en disposición de colocar la primera piedra del camino que le llevaría a la grandeza. Recuperaría uno por uno todos los territorios que las hordas germanas les habían arrebatado, aquellos que por justicia le pertenecían. Unificaría de nuevo el imperio, tras medio siglo de disgregación.

Pero eso no era suficiente.

Su nueva Roma necesitaría nuevas leyes, nuevos códigos que adaptaran la antigua legislación. Por ello, se había lanzado a la ingente tarea de recoger y catalogar todas las leyes existentes en el imperio desde los tiempos de Adriano, condensándolas en un código legal único, algo nunca visto antes. Un gobierno, una ley.

Pero tampoco era suficiente.

Roma había cambiado. El imperio había aceptado la luz del cristianismo, empapándose de la verdadera fe gracias al esfuerzo del fundador de Constantinopla. Justiniano había favorecido la religión luchando denodadamente contra los enemigos de la ortodoxia, así como dedicando enormes sumas a la reparación de las antiguas iglesias y basílicas, al mismo tiempo que levantaba nuevos templos para glorificar al Señor.

Aún así, no era suficiente.

La realidad era tozuda. A pesar de los esfuerzos, de las batallas, del apoyo a la iglesia o de la justicia, una idea oprimía su alma, empujándole a interminables noches de insomnio, deambulando por el palacio como un fantasma incapaz de descansar. Cada vez que su imaginación le permitía rozar su sueño con la punta de los dedos, un triste pensamiento se adueñaba de su mente, el de que su nueva Roma perecería con él.

Tras casi ocho años de matrimonio con su amada Teodora el Señor aún no les había concedido la bendición de un hijo, de un heredero que consolidara su obra. Cada mes, Justiniano ansiaba escuchar de labios de su esposa la feliz noticia y, cada mes, el sangriento mensajero del fracaso acudía puntualmente a su sombría cita. Poco a poco, el emperador veía cómo la arena se escurría entre sus dedos, lenta pero inexorablemente. El tiempo se agotaba.

Tan sólo un hijo propio, educado exhaustivamente desde su nacimiento, sería capaz de comprender y proseguir la ingente tarea que legaría a su muerte. La cabeza de Justiniano rebotaba de planes para renovar el decaído imperio romano, para devolver a Roma el lugar que le correspondía como dueña y señora del mundo, para levantar de sus cenizas el orden que había reinado en la antigüedad. Pero, sin un hijo varón, todo cuanto consiguiera sería inútil.

Justiniano era consciente de las terribles luchas de poder que habían desangrado al imperio cada vez que el trono quedaba vacante. Sin heredero, la guerra civil devoraría

cualquier avance logrado durante su vida. Las conquistas se perderían, a medida que los soldados se apartaran de las fronteras para luchar en pro de uno u otro candidato al trono. La ley caería en desuso, pues la justicia no existe en un mundo envuelto en la guerra, y las herejías se multiplicarían libremente en medio del caos. Roma ya había caído una vez víctima de las incesantes luchas internas, y Justiniano no soportaba la idea de que eso mismo le pasara al renovado imperio que estaba proyectando.

Tras soportar el incesante goteo de médicos augurando remedios infalibles con los que conseguir la ansiada concepción, el emperador se había convencido de que tan sólo el Señor sería capaz de concederle su anhelo. Al igual que a la bíblica Isabel, el Todopoderoso podía insuflar vida en el vientre de su esposa con un simple soplo de su gracia, pero el tiempo pasaba y nada ocurría. Cada noche sus preocupaciones vencían al sueño, obligándole a abandonar el lecho en una continua penitencia a través de los vacíos pasillos del Gran Palacio, con una pregunta resonando en su cabeza: ¿por qué?

No entendía por qué Dios le castigaba con la esterilidad, a él, que no era otra cosa que su representante en la tierra. Y aunque no encontraba falta alguna en su comportamiento que pudiera penarse con tan cruel castigo, buscaba una y otra vez una forma de expiar sus pecados, una ofrenda que le congraciara con el Altísimo. Pero su mente se encontraba tan estéril de ideas como su matrimonio. No era capaz de encontrar la manera de congraciarse con el Señor, de ofrecerle algo digno de su infinita gloria.

Su mirada continuó deslizándose por el mosaico, en un vano intento de distraer su cabeza de la carga que oprimía su pensamiento. Recorrió con los ojos las duras facciones de Constantino, en las que se insertaba una ligera sonrisa. Al verla parecía mostrar el momento en que se daba cuenta de que aquel gesto le convertiría en inmortal.

Justiniano, a diferencia de sus insignes predecesores, parecía incapaz de sustraerse a ese acervo destino, que lo empujaba a diluirse con el tiempo, desapareciendo de la frágil memoria de la historia hasta convertirse en un puñado de líneas garabateadas sobre vetustos papiros. Mientras lo miraba, Justiniano tenía la sensación de que Constantino se reía de él, despreciándole por su vano intento de igualarle. Hasta un simple mosaico le ofrecía la sensación de que la gloria de su reinado finalizaría con su muerte.

Con un suspiro de abatimiento desvió la vista del suelo, recuperando su posición frente a la ventana, como si quisiera comparar la realidad con las figuras que se detallaban en el decorado pavimento del Octagon. Necesitaba una obra grandiosa e inigualable, una ofrenda al Señor que pudiera convertirse en el símbolo de la renovación del imperio, del nacimiento de la nueva Roma cristiana que traería su reinado. La mejor manera de glorificar al Altísimo para que le concediera el don de un hijo no era otra que la de aunar el pasado imperial con la verdadera religión, con la verdadera fe. Ese era el símbolo que necesitaba, el viejo y el nuevo mundo unidos para formar un nuevo comienzo, un nuevo amanecer. Sólo eso complacería lo suficiente a Dios como para que le concediera el don de un hijo.

Cada noche buscaba entre las sombras la inspiración divina, una señal del Señor que le mostrara el camino. Y, sin embargo, el cielo mantenía su mutismo.

A través de la ventana la oscuridad parecía engullirlo todo. Las únicas luces que se mostraban ante sus ojos eran las de la casa de las lámparas, el almacén de seda del palacio, donde los braseros nunca se apagaban.

Una trémula plegaria surgió de los labios de Justiniano, una súplica. Como cada noche, rezó al Creador para que le iluminara.

Cuando aquella vez recibió una respuesta apenas podía creerlo.

Una estrella se deslizó por el cielo, elevándose por encima de la gran basílica de Santa Sofía, descendiendo directamente sobre la iglesia hasta desaparecer en un

estallido de luz. Dios por fin le indicaba el camino. Bastó un parpadeo para que Justiniano comprendiera lo que debía hacer. El fuego del Señor sería su guía, y del fuego surgiría su legado.

Cayendo de rodillas, el emperador elevó sus ojos hacia el cielo, para después depositar su mirada en Santa Sofía, preguntándose de qué manera el Altísimo estaría disponiendo las piezas para ayudar a su siervo a cumplir con sus designios.

INSURRECCIÓN

Constantinopla, 2 de Enero de 532

- Vas a llegar tarde.

Héctor sonrió a su mujer. Hasta ese momento se había mantenido con la vista fija en la pared, tratando de apurar los últimos trozos de la hogaza de pan que componía su frugal desayuno.

El pequeño comenzó a llorar, reclamando atención y alimento al mismo tiempo. Penélope se levantó tratando de conservar la expresión de seriedad en su rostro, aunque su fachada de mujer inflexible apenas duró un instante. Cada mañana, ella le azuzaba para acelerar su lento despertar, mientras él se limitaba a sonreír, sin decir nada, concentrado en su comida, deleitándose con aquel mendrugo de pan seco mojado en vino aguada como si fuera el más dulce de los manjares.

Para Héctor el silencio resultaba un alivio. Su callada sonrisa era un muro, una forma de eludir la verdad, una manera de no reconocer que, con cada nuevo día, el dolor regresaba a sus contraídos músculos y, con él, la duda de si sería capaz de resistir otra jornada de trabajo.

Penélope recogió al niño de su diminuto lecho de paja y arpillera, acunándolo dulcemente entre sus brazos, al tiempo que susurraba una canción. Él la contemplaba extasiado. Su mente de filósofo no conseguía descifrar la lógica por la que, seis años después, seguía amando a aquella mujer como el primer día. Su pelo, mal recogido en un defectuoso trenzado, dejaba caer largos mechones cobrizos que se enredaban en las tiernas manos del pequeño, cuyo llanto cesó con los suaves arrullos. Héctor observó el ligero vaivén de sus caderas, el pausado ritmo con el que tranquilizaba a su hijo, la sonrisa de felicidad con la que Penélope contemplaba el fruto de su unión. Sin embargo, él no pudo sino volver la cabeza. La idílica escena no era más que un recordatorio de su fracaso, de lo precario de su existencia actual, y de la tensa sensación de impotencia que le acuciaba.

Desde su precipitada huída de Atenas, más de dos años atrás, su vida no había hecho otra cosa que empeorar.

Mientras los últimos trozos de pan desaparecían de su boca, Héctor recordó el pasado, cuando aún era uno de los más jóvenes maestros de la escuela de Atenas, heredera de los grandes filósofos griegos de la antigüedad. En sus magnas aulas, donde el mármol resplandeciente escondía entre sus muros siglos de erudición, se había esforzado en la enseñanza de la retórica, la ética y la dialéctica. Su trabajo era reconocido tanto por el respeto que le profesaban los directores de la academia, como por los sustanciosos emolumentos recibidos cada año. Por aquel entonces, su futuro brillaba con más fulgor que la antaño famosa llama de Olimpia. Estaba destinado a ser un digno sucesor de Sócrates, Platón o Aristóteles.

Todo se truncó cuando Justiniano ordenó clausurar la escuela.

Un foco de paganismo, un centro de herejía que era necesario atajar. Eso era lo único que el emperador tenía en mente cuando pensaba en la escuela ateniense. Eso, y las ingentes donaciones que se acumulaban entre los muros de sus esbeltos edificios. El estado necesitaba oro, y en la nueva cristiandad nadie levantaría su voz para protestar por la rapiña de un centro pagano.

Con el cierre de aquel último reducto de la cultura clásica, Héctor vio tornarse su prometedor futuro por un negro abismo en el cual no podía sino caer. Y lo que más le dolía era haber arrastrado a su familia con él.

Cada amanecer se preguntaba por qué había rechazado la oferta de sus antiguos directores, Damascio y Simplicio, quienes le rogaron que les acompañara a la corte del rey persa Cosroes. En aquel momento, la idea de buscar trabajo en la cosmopolita

capital del imperio se le antojaba la mejor de las opciones. Tal vez, de haber sabido que le acompañaría en su viaje el estigma del paganismo, hubiera cambiado la ciudad a orillas del Mármara por las cálidas planicies de Persia.

- Cada día te cuesta más salir por la puerta – afirmó su mujer con fingida dureza.

- Ya me voy

Se levantó con pesadez, ahogando un quejido cuando sus contraídos músculos se tensaron, doloridos por innumerables jornadas sin descanso. Besó a Penélope y a su hijo, el pequeño Platón, y abandonó la casa envolviéndose en su roída capa de lana.

El rellano de la escalera se inundaba con los gritos que caían a borbotones desde el cuarto piso. Varios hermanos compartían los pequeños habitáculos para ayudarse con el alquiler, única vez en que podían ponerse de acuerdo, pues el resto del día transcurría entre discusiones y peleas, al son de los llantos de su numerosa prole. Héctor bajó con rapidez por la escalera de madera que descendía hasta el patio interior, temiendo ante sus tensos crujidos que se desmoronara en cualquier momento. El alquiler en aquel edificio de ladrillo de cinco plantas era el más barato que había logrado encontrar, el único que podía permitirse su maltrecha economía. A cambio de una exigua renta los vecinos tenían el privilegio de hacinarse en las cercanías de una de las avenidas principales de la ciudad, en medio del nauseabundo olor de los atascados desagües de terracota, compartiendo su menguado espacio con ratas y cucarachas.

El frío suelo de la calle, siempre encharcado en esa época del año, mordió sus pies a través del ligero calzado. Pateó con fuerza el piso, tratando de entrar rápidamente en calor antes de echar a andar, en su corto paseo hasta su lugar de trabajo.

En pocas zancadas dejó atrás el estrecho callejón donde se encontraba el acceso a su vivienda, encaminándose hacia la calle Mese, la avenida principal de la ciudad, donde se ubicaba la fábrica de aceite de su actual patrón. Caminaba con rapidez, seguro de que, a pesar de que acababa de amanecer, Basanio ya se encontraría en el interior de su tienda, resoplando y emitiendo exabruptos por la tardanza de sus empleados.

Héctor dobló varias esquinas, deslizándose por las malolientes y húmedas callejas sin empedrar que componían la parte más recóndita del barrio, sabedor de que resultaba más fácil caminar por allí que pelearse con la multitud que se agolpaba en la avenida principal.

El barrio de Zeugma en el que habitaba se componía en su mayor parte de abigarrados grupos de cabañas de madera, rodeados por antiguos edificios de varias plantas. Levantados precariamente con ladrillos de baja calidad, se articulaban en torno a un patio central, por el que se accedía a las pequeñas viviendas por medio de escaleras y pasillos abalconados de madera. Apenas unos pocos mantenían su cobertura de estuco blanco sobre las paredes, erosionada por la lluvia y por un nulo mantenimiento. Con el tiempo, algunos colapsaban, llevándose con ellos las vidas de muchos inquilinos. Sin embargo, pocas semanas después del desastre apenas quedaban pequeñas montañas de escombros. Temblorosas estructuras de madera se levantaban sobre el solar en el espacio de una noche, delatando la urgencia de las familias más humildes por conseguir un techo, por precario que fuese.

A pesar de las numerosas ordenanzas urbanas decretadas por el emperador para regular la distancia mínima entre edificios, la altura de los balcones o, incluso, las vistas al Cuerno de Oro, la realidad de aquel antiguo barrio dictaba un laberíntico entramado de calles estrechas, en las que sol y viento apenas lograban penetrar, formando un insalubre y maloliente barrizal de lodo y desperdicios, muy diferente del pulcro y pulido aspecto de las calles principales.

Ya antes de alcanzar la avenida el ruido de la multitud alcanzó los oídos de Héctor. La Mese era la arteria principal de la ciudad. Sus dos ramales formaban una

gigantesca Y griega, con su nacimiento en el Augusteon y sus extremos junto a las murallas, en la puerta Carisia y en la monumental puerta Áurea. En su largo recorrido se arracimaban la mayoría de los comercios, agrupados según gremios, así como el núcleo de ciudadanos que se encaminaban a uno u otro extremo de la ciudad.

Héctor caminaba con rapidez entre el gentío, sorteando a duras penas los charcos, inserto en mitad de la riada humana en la que el amanecer había convertido la avenida. A su lado se deslizaban infinidad de viandantes, jornaleros como él, esclavos, indigentes que vagaban de un lado a otro solicitando limosna, buhoneros y campesinos de las cercanías, arrastrando con esfuerzo pequeños carros cargados con su cosecha, pedigüeños tullidos, vendedores ambulantes, cargados con calzado de todo tipo, grandes cestos de fruta o ánforas de leche. Nobles a caballo, exhibiendo sus joyas en los ricos arreos de sus monturas, miraban distraídamente a las damas, que transitaban con sus mejores atavíos en literas tiradas por mulas blancas, acompañadas de un cortejo de sirvientes y guardias que se abrían paso a bastonazos. Constantinopla era un hervidero en el que la miseria y la opulencia vivían una al lado de la otra. En cualquier calle se escuchaban una docena de lenguas y todas las razas se mezclaban en foros y avenidas.

Mientras sorteaba personas y carretas, caballos y literas, Héctor miraba los pórticos que se levantaban a ambos lados de la calle, abarrotados de pequeñas tiendas rodeadas por las numerosas estatuas que jalonaban la avenida, erguidas sobre sus altos pedestales de mármol. La mayoría de los comerciantes ya habían abierto sus puertas, retirando los gruesos tabloneros de madera con los que clausuraban sus propiedades por la noche, mostrando al público los recios mostradores de piedra cubiertos de productos de todo tipo.

Cuando llegó a la altura de la estatua de mármol de Apio, el censor, Héctor se desvió hacia los pórticos de su izquierda, adentrándose en una de las tiendas.

- Llegas tarde – apuntó el rechoncho joven que se encontraba tras el mostrador atendiendo a los clientes –, Basanio ya ha preguntado dos veces por ti.

Héctor asintió ligeramente, atraído más por el apetitoso aspecto de las viandas exhibidas en el mostrador que por el comentario del muchacho. Encastrados en el interior de la pulcra encimera de piedra grandes recipientes almacenaban harina, pescado en salazón y el aceite por el que Basanio era famoso. En los huecos del mostrador que las bocas de los recipientes encastrados dejaban libres se acumulaban grandes bloques de queso, pequeñas jarras de miel y cestas de mimbre con huevos y manzanas. Pensando en su magro desayuno, Héctor no podía evitar una punzada en el estómago cada mañana nada más entrar en aquel lugar.

La tienda apenas era un rectángulo no muy amplio, con la pared del fondo cubierta por ánforas y grandes recipientes cerámicos. Junto a ellas, en unos estantes, las verduras y hortalizas frescas se mantenían protegidas del trasiego de la calle, a la espera de que los clientes solicitaran apio, ajos, cebollas, nabos, berza, acelgas o rúcula, para condimentar las omnipresentes ensaladas de la cocina romana. Junto al mostrador, una balanza romana de un solo brazo se situaba a la vista de los compradores, con un sencillo peso en forma de torso de mujer bamboleándose en uno de sus extremos.

Héctor atravesó la tienda y se internó por una portezuela que se abría en una de las esquinas, adentrándose en la oscura parte interna de la vivienda de Basanio. Dejó a la izquierda unas escaleras que ascendían hacia el piso superior, la planta habitada por la familia de su patrón, y continuó por el amplio pasillo hasta la estancia más alejada, de donde llegaban los inconfundibles improperios del comerciante.

- ¡Por fin has llegado! – chilló Basanio en cuanto Héctor apareció en el dintel –. Si no fuera por el mal sabor que dejarías te arrojaría de una patada a la fosa de las olivas.

Ignorando los exabruptos de su patrón, Héctor descendió los peldaños de piedra que conducían hacia la amplia habitación en la que se producía el valioso aceite.

- Carga el molino y hazlo girar – ordenó Basanio, señalando un inmenso montón de aceitunas que descansaban en una fosa rectangular situada junto a las escaleras de entrada –, yo iré preparando las ánforas.

Héctor se despojó de su capa, arrojándola sobre un escaño de piedra labrado situado junto a la pared, y se agachó junto a la acumulación de aceitunas, comenzando a introducirlas a manotadas en un gran saco de arpillera que recogió del suelo. Basanio pasó a su lado con el ceño fruncido. Como cada mañana, el mal humor le invadía durante un buen rato, hasta que constataba que la fábrica se ponía de nuevo en marcha. El chirriante sonido del molino parecía tranquilizar el ánimo del comerciante, como si el desagradable fragor de las aceitunas al desmenuzarse se convirtiera en su cabeza en el dulce tintineo del oro.

Mientras llenaba el saco, una avalancha de olivas cayó sobre la fosa a través de una abertura en el techo. El hueco conectaba con un patio en la parte trasera de la casa de Basanio, permitiendo que los carros cargados con la materia prima descargaran directamente en la fábrica, ahorrando esfuerzos innecesarios.

- ¡Daos prisa! – apremió el comerciante –, aún espero otros dos cargamentos esta mañana. A este paso nadaremos entre olivas antes de que comencéis el trabajo.

Con un suspiro, Héctor observó el desmesurado montón de aceitunas que se acumulaban ante él. Aquello auguraba una interminable jornada de duro trabajo, así que se apresuró a llenar el saco y lo trasladó hasta la base del molino, donde descargó el contenido.

El prensado de la aceituna era la parte más dura de las que componían la fabricación del aceite. Las olivas se acumulaban en una pila cilíndrica, en la que se introducían dos pesadas ruedas de piedra. Al hacerlas girar, por medio de unos grandes ejes de madera que las atravesaban hasta encajar en un poste central, rodaban sobre las aceitunas hasta convertirlas en una masa pulposa. Aunque las grandes fábricas de aceite de Siria y África utilizaban mulos para mover el molino, en la estrecha instalación de Basanio no existía espacio suficiente, por lo que eran los empleados los que se encargaban del pesado trabajo.

Cuatro hombres trabajaban codo con codo junto a Héctor, incluido el hijo mayor del comerciante, un mozuelo de apenas dieciséis años al que su padre trataba con la misma dureza que a cualquiera de sus empleados, convencido de que debía conocer a la perfección cada uno de los pasos necesarios para extraer el preciado aceite si quería heredar algún día su negocio.

Una vez preparado el molino, Héctor se situó en uno de sus lados, ayudando a uno de sus compañeros a rodar las pesadas muelas. Con el primer esfuerzo, sus contraídos músculos se tensaron, provocando que una mueca de dolor cruzara su rostro. Cada mañana, en cuanto empuñaba el rugoso mango de madera con el que manejaba el molino, su mente se evadía recordando las lecciones de filosofía y ética que impartía en Atenas. Eludía el dolor rememorando elaborados discursos de retórica o las hipótesis geométricas de los grandes matemáticos griegos.

Se encontraba atrapado en un mundo que le era ajeno, caminando sobre la frontera que separaba la miseria de la supervivencia, consciente de que aquel monótono trabajo era la fuente de la que bebía su familia, aunque incapaz de aceptar que ese fuera todo el futuro que le esperaba, una vida de esfuerzo, sufrimiento y privaciones.

Tras un buen rato de arduo trabajo, con el sudor empapándole el cuerpo, Héctor se encontraba tan ensimismado que tardó unos segundos en darse cuenta de que Vitaliano le saludaba desde los escalones de entrada.

- ¡Vitaliano! – saludó Basanio –. ¿Qué te trae por aquí?
- Venía a preguntarte si puedes prestarme a mi antiguo ayudante – respondió éste, señalando a Héctor con un ligero movimiento de cabeza –. Tengo que montar urgentemente unos muebles y uno de mis hombres no se ha presentado.

Vitaliano era carpintero, uno de los más reconocidos maestros del gremio de la madera en la ciudad. Había sido el primero en dar trabajo a Héctor, y el que le presentó a Basanio, recomendándole que le contratara. Sin embargo, el comerciante negó apesadumbrado con la cabeza.

- Lo siento – replicó –, no puedo prescindir de él. Como sabes las olivas se recogieron en octubre, por lo que estos meses son los más importantes para la fabricación de aceite. Necesito aprovechar al máximo el tiempo antes de que la materia prima comience a estropearse y agrie el sabor.

- Puedo ir a donde me digas cuando acabe aquí – se ofreció Héctor, agradeciendo los momentos de respiro que la aparición del carpintero le otorgaban.

- Mi cliente está al otro lado de la ciudad – comentó Vitaliano, negando con la cabeza –, para cuando llegases sería demasiado tarde.

- Lo lamento – repitió Basanio.

- No importa – dijo Vitaliano encogiéndose de hombros –. ¿Nos vemos mañana en el hipódromo?

- ¡Por supuesto! – respondió el comerciante con entusiasmo –, estoy deseando ver los nuevos caballos de las cuadrigas. Este año vamos a hundir a los azules en la miseria.

- Dios te oiga – pidió el carpintero con una sonrisa, despidiéndose con un ademán antes de abandonar la estancia.

Una extraña sensación de nostalgia invadió a Héctor, mientras observaba el hueco de la puerta por el que había desaparecido su antiguo patrón. Había conocido a Vitaliano unos meses antes en una plaza cercana cuando, desesperado por la imposibilidad de encontrar trabajo y agobiado por la falta de dinero, se sentó en uno de los bancos de piedra buscando desconsoladamente una forma de salir del abismo que se abría ante él.

Tras su llegada a Constantinopla, gracias a su monumental erudición consiguió rápidamente un puesto como tutor de las hijas de un miembro del senado. Sin embargo, semanas después era expulsado airadamente de la villa de su patrón, cuando este descubrió su conexión con la pagana escuela ateniense. Para sorpresa del ateniense, Justiniano había promulgado una ley prohibiendo a los paganos ser funcionarios o dedicarse a la educación.

No contento con el fulminante despido, sin satisfacer siquiera el sueldo adeudado, el iracundo senador, visiblemente ofendido por la falta de fe cristiana de su antiguo empleado, utilizó toda su influencia para alejar a Héctor de cualquier tipo de enseñanza. Uno tras otro, caballeros y terratenientes rechazaban el ofrecimiento de sus servicios. Sin importar la extensa cultura y experiencia que atesoraba, se vio relegado a la más absoluta marginación.

El dinero se agotaba, incluso tras mudarse a la infame covacha que ahora llamaba hogar. Primero vendió las joyas de su esposa, luego los refinados ropajes, por último, los recuerdos más preciados, confiando en que antes o después conseguiría salir a flote. Pero cada noche regresaba con las manos vacías. En medio de la creciente penuria Penélope dio a luz a su hijo. Al día siguiente Héctor abandonó su lúgubre hogar jurándose a sí mismo que no fallaría, que encontraría la forma de ganar dinero para ese pequeño.

Recorrió de nuevo puerta tras puerta, mendigando una simple oportunidad, recibiendo negativa tras negativa. Cuando regresó al anochecer a su casa, se sentó al borde de las lágrimas en uno de los bancos de piedra que rodeaban una pequeña plaza cercana a esa misma tienda, incapaz de enfrentarse a la mirada de angustia de su esposa.

Vitaliano pasaba en ese momento frente a él, con una carreta cargada de grandes tablones de madera, demasiado ancha para las calles por las que debía transitar. Sin duda esperaba a alguien que le ayudara a transportar la mercancía pero, por sus sonoras maldiciones, era evidente que no había acudido a la cita. Fue entonces cuando el carpintero se le acercó.

- ¿Quieres ganarte unas monedas?

Héctor le miró incrédulo, fijando sus ojos en el enjuto rostro que le contemplaba con una sonrisa.

- Tengo que llevar toda esa madera a mi taller, dos calles más abajo – explicó – y la persona que debía ayudarme no ha aparecido.

Aunque Héctor se encontraba en perfecta forma física, fruto de la clásica combinación de cuerpo y mente que se practicaba en Atenas, acarrear los pesados tablones resultó más trabajoso de lo que pensaba en un principio. Sin embargo, ni una sola queja salió de su boca, llevando carga tras carga con rapidez y eficacia, sin un golpe, sin que ninguno de los maderos se astillara.

Cuando finalizó el trabajo, Vitaliano puso en su mano un *follis* de bronce.

- ¿Podrías venir mañana al amanecer? – preguntó el carpintero – tengo que entregar varios muebles y creo que eres el indicado.

Héctor asintió, aún dolorido por el esfuerzo. Cuando llegó a su casa dejó sobre la mesa aquella sucia moneda, su primer jornal desde hacía casi dos años.

- Tengo trabajo

Penélope le abrazó con fuerza, asiéndose a él como si temiera perderlo. Esa noche ambos lloraron antes de hacer el amor.

Durante tres meses cargó las mercancías de Vitaliano, día tras día, sin descanso. Partía al amanecer y no regresaba hasta caída la noche. Cuando el antiguo ayudante del carpintero se recuperó de su enfermedad Vitaliano no le abandonó. Las arduas jornadas de trabajo dejaban ratos libres para la charla y, en ella, Héctor supo ganarse el aprecio del carpintero. Afortunadamente para Héctor, su patrón no sólo era reconocido en su gremio como un maestro en el trabajo de la madera, también era uno de los más renombrados miembros de los verdes, la facción que agrupaba a parte de los seguidores del hipódromo, a aquellos que animaban a los corredores que lucían túnicas de dicho color en las carreras de cuadrigas.

La facción la componían más de un millar de personas, cuyo único vínculo era la fanática adoración que profesaban hacia los colores de su equipo de caballos. Entre ellos se daba una camaradería especial, a veces hasta el punto de prevalecer un compañero de facción antes que un familiar. El carpintero le introdujo entre ellos, como uno más. Los verdes cuidaban de los suyos y, a pesar de que muchos disponían de holgados ingresos, se enorgullecían de ser el color más ligado al pueblo llano. Le presentó a Basanio, uno de los miembros más influyentes de la facción, quién le contrató en su fábrica. Como compensación a sus desvelos, Héctor no dudaba en ayudar a Vitaliano en cuanto tenía ocasión, sabedor de que, una vez finalizara la temporada de fabricación del aceite, el carpintero se ocuparía de que la facción le proporcionara un nuevo trabajo.

- ¿Qué hacéis ahí parados? – gruñó Basanio –. Esa prensa no se va a mover sola.

Con un suspiro Héctor miró a su compañero en el molino, se encogió de hombros y retomó de nuevo su ingrata tarea, preguntándose otra vez si aquello era lo único que le deparaba el destino.

Demasiado excitado como para mantenerse quieto, Justiniano paseaba de un lado a otro, buscando la manera de ordenar la miríada de pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

A pesar de que su redondo rostro mantenía la afable apariencia que le caracterizaba, sus ojos bailaban de un lado a otro, delatando la agitación que desbordaba su ánimo. Consciente de que no hubiera logrado dormir, se había mantenido activo durante toda la noche, elucubrando un sin fin de planes con los que dar forma a aquella divina locura santificada por el Señor por medio de su celestial gesto. En su mente se mezclaban innumerables problemas y necesidades a cubrir aunque, tras media noche de arduas meditaciones, había conseguido centrar su atención en el que, a primera vista, suponía el mayor de los impedimentos, recabar los fondos necesarios.

Recién nacido su faraónico proyecto, cualquier cálculo del coste a asumir resultaba evidentemente inexacto, aunque las primeras cifras arrojaban un desorbitado montante. A pesar de la riqueza que atesoraba, el imperio ya había invertido enormes sumas. La paz con Persia, incluso tras los éxitos del general Belisario, había sido comprada a un alto precio, y no había evitado el dispendio en diversos proyectos constructivos para la fortificación de la frontera. Por otro lado, rehabilitar antiguos templos y la excavación de las gigantescas cisternas de agua bajo la biblioteca, cerca del Augusteon, había incrementado los gastos. Los tres mil centenarios de oro que el emperador Anastasio dejó acumulados en las arcas de palacio se habían volatilizado en un abrir y cerrar de ojos.

Pese a ello, Justiniano no lamentaba la generosa largueza con la que su mano derramaba los frutos del estado. La renovación del imperio romano no sería factible a menos que se apoyara en un verdadero río de oro que sostuviera cada uno de los innumerables proyectos que había comenzado. Sin embargo, la prodigalidad en el gasto apenas dejaba lo suficiente en el tesoro como para financiar las próximas campañas militares que tenía en mente. Incluso reduciendo las expediciones militares al mínimo no sería capaz de ahorrar los recursos necesarios para su gran obra. Necesitaba más dinero.

Las puertas de bronce del Consistorio se abrieron con un leve crujido, dejando paso a la enjuta figura del *silentario*, y atrayendo la atención del emperador.

- El prefecto de oriente acaba de llegar, majestad – anunció el funcionario, cuyo cometido consistía en custodiar las puertas en las que se celebraban los consejos del emperador, para evitar que oídos indiscretos escucharan más de la cuenta.

Justiniano asintió con suavidad, obligándose a tomar aire imperceptiblemente para calmar su agitación.

- Hazlo pasar – ordenó, dirigiéndose con parsimonia hacia el ábside de la alargada estancia donde se encontraba su trono, cubierto por un ciborio dorado elevado sobre cuatro columnas de pórfido, de cuyos lados colgaban recogidos velos teñidos de púrpura y bordados de oro.

Con una reverencia, el funcionario abandonó la sala, esperando unos instantes antes de abrir por completo las amplias hojas de bronce a la escueta comitiva que esperaba en el patio porticado de los *excubitores*, por el que se accedía a la entrada del edificio.

Desde su trono cuajado de joyas y elevado sobre una plataforma de tres escalones de pórfido, Justiniano contemplaba en silencio a los dos porteros de palacio, que flanqueaban la inmensa figura de Juan de Capadocia, en su trayecto a través de la

alargada estructura rectangular que componía el Consistorio, el edificio del palacio donde se celebraban las audiencias y los consejos imperiales.

A medida que se acercaban hacia el ábside, Justiniano comprobó las profundas ojeras que marcaban el rostro de su principal ministro, así como el efecto que la luz de los amplios ventanales laterales provocaba en sus ojos entrecerrados. Sin duda, Juan mantenía sus licenciosas costumbres. Tal y como se murmuraba en la corte, el prefecto se entregaba a la bebida y el libertinaje durante las noches, en interminables orgías nocturnas en su fastuosa villa. En las calles se comentaba que Juan no respetaba a joven, viuda o virgen que se cruzara en su camino, y por el rostro que mostraba esa mañana, era evidente que más de una muchacha había pasado por su lecho entre trago y trago. Probablemente la orden del emperador para que acudiera al amanecer a su presencia le causaba una mortificante tortura.

Era consciente de que muchos se preguntaban la razón por la cual el emperador premiaba con tan elevada posición a un reconocido borracho y corrupto personaje. Sin embargo, para Justiniano la respuesta era evidente, había multiplicado los ingresos del estado. Por extraño que pareciera, su sueño de renovar la gloria de Roma sería posible gracias a la increíble pericia económica de un hombre que cualquiera se avergonzaría de tener a su lado.

Fijando la vista en los elaborados mosaicos que cubrían el suelo de la sala, en un vano intento de proteger sus ojos de la lacerante luz que atravesaba los amplios ventanales, Juan de Capadocia se acercó hasta el ábside. Una vez junto situado a los escalones de pórfido los porteros dieron media vuelta, abandonando la sala bajo la atenta mirada del *silentario*, quién selló las puertas con un fuerte golpe que hizo estremecer al prefecto.

- Majestad... – murmuró Juan de Capadocia, agradeciendo que su cargo en el consejo le librara de tener que realizar la *proskinesis*, permitiéndole permanecer de pie ante el emperador en lugar de postrarse ante él.

- No tienes buen aspecto – apuntó Justiniano con una sonrisa.

- Sois muy gentil al preocuparos por mi salud – respondió Juan, eludiendo los detalles sobre su dolorosa resaca.

- He estado hablando con el *comes sacrarum largitionum* – afirmó el emperador –, para comprobar la cantidad de oro que queda en nuestras arcas.

Un repentino sudor frío se apoderó de Juan al escuchar esas palabras. Que el emperador le convocase a hora tan temprana no era habitual, pero que lo hiciera tras hablar con el tesorero de palacio resultaba alarmante. El dolor de su cabeza desapareció en un instante, al tiempo que el prefecto ponía su cuerpo en tensión. Durante sus años al frente de la prefectura Justiniano no había realizado pregunta alguna sobre los métodos que aplicaba en su trabajo, tan sólo le interesaban los resultados. Sin embargo, era notorio que Juan se había enriquecido de manera escandalosa en el proceso, algo que atraía la envidia del resto de funcionarios y de muchos patricios, pero nunca había creído que al emperador le importara mientras el oro continuara llegando al palacio. Si Justiniano se interesaba por las cuentas y llegara a descubrir las cantidades desviadas por el prefecto en su propio beneficio Juan no dudaba cuán fugaz podría resultar su carrera, y lo dura que sería la caída.

Tras un momento de duda, decidió reprimir las fútiles excusas que acudían a su pensamiento, dejando hablar al emperador mientras por su mente pasaban fugaces imágenes de su cuerpo balanceándose al extremo de una soga.

- No he encontrado en el tesoro cuanto necesito – sentenció finalmente Justiniano.

- Debería haber al menos doscientos centenarios de oro, más que suficiente para la próxima expedición militar, majestad – replicó el prefecto, esforzándose en simular una expresión de sorpresa en su rostro mientras entrelazaba las manos, tratando de aquietar el temblor que le atenazaba.

- Y así es, pero han surgido nuevas necesidades que requieren una respuesta inmediata.

Juan abrió los ojos de par en par, convencido de que las próximas palabras de Justiniano serían su condena a muerte. Casi podía sentir la fría mirada de los *excubidores*, los guardias de élite de palacio, clavada en su espalda. No había duda, el emperador le enviaría al patíbulo e incautaría sus cuantiosos bienes. Durante un instante el miedo atravesó con su gélida mano el corazón de Juan de Capadocia, cuya atenazada mente no lograba hilvanar pensamientos coherentes.

- ¿Hay forma de incrementar la reserva de oro?

El prefecto tardó un buen rato antes de comprender las palabras de Justiniano, incapaz de evitar que su boca se abriera en un gesto de sorpresa.

- ¿Incrementar la reserva? – repitió Juan, aún escéptico acerca de las intenciones del emperador.

- Eres mi principal ministro en temas económicos, ¿para qué otra cosa te hubiera mandado llamar?

- Sí, claro... por supuesto – balbuceó el prefecto, esbozando una tonta sonrisa –. Veamos, siempre hay un método para recaudar más impuestos o disminuir los gastos – prosiguió, tratando de darse tiempo para que su asustada mente comenzara a trabajar.

Aún agarrotado por la tensión, no pudo evitar que los inicios de su carrera al servicio del emperador acudieron a su pensamiento como un fantasma del pasado. Desde el momento en el que fue elevado al cargo de prefecto de oriente Juan no había tenido otra meta en la vida que la de convertirse en el hombre más rico del imperio. Gracias a su posición, mediante corruptas prácticas y una hábil gestión de sus finanzas había sido capaz de amasar en poco tiempo una inconmensurable riqueza. Sin embargo, a pesar del poder de su cargo, de sus extensas tierras y de su ejército de sirvientes, Juan era consciente de que todo cuanto atesoraba e incluso su propia vida dependían enteramente del emperador. Justiniano era un déspota, un tirano gobernado por la perniciosa influencia de su esposa. Bajo un velo de justificación religiosa, el monarca era un gobernante absoluto que podía enriquecer a un siervo un día y enviarlo a las mazmorras al siguiente, una vez perdido el favor real.

Hasta el momento, Juan de Capadocia había sabido manejar los hilos del poder con inigualable maestría, sorprendiendo a patricios, nobles y senadores, quienes no alcanzaban a ver en él más que a un borracho empedernido. Sin embargo, su método era bien sencillo. En el tiempo que había trabajado para Justiniano Juan había llegado a conocerle bien. Era uno de los miembros de su consejo de estado y, por tanto, estaba al corriente de todos sus proyectos, sobre todo por que implicaban fuertes gastos, y él era la persona encargada de suministrar el tesoro con un constante flujo de oro.

El emperador era un hombre ambicioso, plagado de megalómanos proyectos militares. Se veía a sí mismo como la persona que haría renacer el imperio romano, recuperándolo de manos de los bárbaros. Pero las campañas bélicas supondrían un acusado desembolso de oro, de un oro que había desaparecido de las arcas imperiales debido a la dadivosa actividad constructiva de Justiniano. Necesitaba a alguien que le proporcionara nuevos ingresos, que le permitiera llevar a cabo todos y cada uno de sus ambiciosos proyectos. Juan se había señalado a sí mismo como ese hombre, y sabía que

mientras mantuviera repleto el bolsillo de Justiniano, permitiéndole realizar sus más extravagantes ideas, su cabeza se mantendría a salvo.

El lado más oscuro de esta política de complacencia ciega lo componía la creciente avaricia del emperador. La mente de Justiniano parecía no darse un momento de respiro, auspiciando más y más grandiosos proyectos a cada año, lo que llevaba al límite la capacidad de Juan para extraer los recursos del imperio y ponerlos al servicio de su señor, recabando previamente su trozo del pastel. Ahora el emperador daba vueltas en su mente a un nuevo juguete, y el prefecto temía que se le acabaran las ideas con las que satisfacer a su amo.

- ¿Y bien? – apremió Justiniano, clavando su intensa mirada sobre Juan.

- Cada cinco años se otorga una paga de cinco *sólidos* de oro a los soldados – comentó el prefecto, arrugando la mente en un gesto de reflexión –. La última vez fue vuestro tío, Justino, quién la concedió.

- Hace precisamente cinco años que subí al trono – recordó Justiniano.

- Deberíais concederla este mismo año. Los fondos ya están preparados en el tesoro. Pero si obviamos el pago a las tropas podríamos disponer de una fuerte suma. Setecientos u ochocientos mil *sólidos* de oro en total.

El emperador entrecerró los ojos durante un instante, antes de negar vehementemente con la cabeza.

- Es probable que provoque malestar entre las tropas – indicó Juan –, pero no se atreverán a amotinarse.

- No es eso lo que me preocupa – aclaró Justiniano –. No es suficiente.

- ¿Cuánto pensáis que sería necesario para vuestro nuevo proyecto?

- No lo sé aún con seguridad – dudó el emperador –. Tal vez cerca de veinte millones de *sólidos*.

La mención de la cantidad dejó boquiabierto al prefecto. Semejante suma casi equivalía a los ingresos del tesoro imperial durante dos años.

- Tardaría una eternidad en reunir tal cantidad de oro.

- No dispongo de tanto tiempo, tendrás que reunir un mínimo de tres o cuatro millones de *sólidos* de oro al año.

- Pero, majestad...

- Sé que es una cifra desproporcionada – interrumpió Justiniano con suavidad –, pero es absolutamente necesario que pueda conseguirla.

- Lo entiendo, pero resultará casi imposible.

- No es la primera vez que me sorprendes. Si hay alguien capaz de encontrar oro hasta debajo de las piedras ese eres tú. Tienes un talento especial para ello, por eso te elegí.

‘Y por eso me destruirás si no consigo lo que quieres’ pensó Juan, observando la calmada y afable expresión en el rostro de Justiniano mientras le obligaba a realizar un milagro.

Con un rápido cálculo Juan se dio cuenta de que el emperador le pedía cerca de tres mil centenarios de oro, la misma cantidad que Anastasio consiguió atesorar en veintisiete años de reinado, eso sin contar con que Anastasio carecía de la indisciplinada tendencia al gasto de Justiniano.

El prefecto examinó mentalmente las medidas tomadas hasta el momento para aumentar los ingresos del imperio. Sin lugar a dudas, la más efectiva fue el recorte de los gastos en el servicio de correo. Su excelente funcionamiento se basaba en un sistema de postas, cinco por cada día de viaje, con cuarenta caballos en cada una. La velocidad a la que información y mercancías atravesaban el imperio era asombrosa, pero el prohibitivo coste lo convertía en una losa sobre las arcas del estado. Su eliminación de

todo el imperio excepto la estratégica ruta hacia Persia supuso un monumental alivio para el tesoro. Después se eliminó la paga que médicos y profesores recibían del estado, así como la exención de impuestos de la que disfrutaban los patricios. Se aumentaron los impuestos sobre el pueblo, las aduanas comerciales y la renta sobre la tierra, e incluso se introdujo una nueva tasa sobre el pan. A esas alturas Juan tenía la sensación de que la ubre ya no podía dar más leche.

- Puedo recaudar fuertes sumas de los patricios, pero sólo sería una ayuda temporal. Necesitaremos subir los impuestos o crear otros nuevos, pero necesitamos planificarlo. Sin embargo, existe una medida que llevo pensando desde hace algún tiempo – anunció el prefecto tras un instante de vacilación –, no creo que reporte más que la eliminación de la paga quinquenal a las tropas, pero alimentará las arcas del estado de manera recurrente, no cada cinco años, y tendría efecto inmediato.

- ¿De qué se trata?

- La plebe apenas utiliza el oro – explicó Juan –. La mayor parte de las transacciones las realiza con moneda de cobre. Nuestros cambistas son los que proporcionan dichas monedas de las cecas imperiales, a cambio del oro del que dispone el vulgo. Hasta ahora el cambio estaba fijado en doscientos diez *follis* por cada *sólido*. Si rebajamos el cambio a ciento ochenta piezas de cobre sacaremos un sexto más de oro en cada transacción.

- Me parece una buena idea – anunció Justiniano, reforzando sus palabras con un leve movimiento de aprobación –. Quiero que se lleve a efecto mañana mismo. Daré orden al prefecto de la ciudad para que instruya a los cambistas.

Juan se permitió un leve respiro. Le parecía indudable que una medida semejante provocaría una fuerte repulsa entre la población, mayor al coger a la gente de sorpresa. Pese a ello, no sería él quien contradijera al emperador. Justiniano era la única persona que imponía respeto e incluso temor al prefecto. A pesar de su impresionante aspecto físico y de su desdén hacia nobles, funcionarios y plebeyos, Juan de Capadocia no podía evitar que la sola mirada del emperador le desarmara. Tenía en su mano su vida y fortuna, por eso Juan le temía y le odiaba al mismo tiempo.

- ¿Puedo preguntar en qué consiste tan magno proyecto, majestad? – indagó el prefecto, picado por la curiosidad.

- Una nueva construcción, aunque aún no tengo todos los detalles – respondió el emperador, eludiendo la pregunta de su ministro.

Juan asintió con vehemencia, comprendiendo que no debía insistir en el tema. La simple renuencia de Justiniano a hablar de su nuevo empeño suponía un acicate a la curiosidad del prefecto. Su comportamiento resultaba extraño, dado que el emperador no se caracterizaba por la parquedad en las palabras respecto a sus grandiosos planes para el futuro. Bastaba con mencionar la renovación del imperio para que a Justiniano comenzaran a brillarle los ojos y su boca se inundara de ideas sobre el modo de recuperar la gloria de la antigua Roma. Por ello, la misteriosa evasiva con la que había resuelto la pregunta intrigaba a Juan. ¿Cómo era posible que una sola construcción supusiera tan inimaginable desembolso? Y, sobre todo, ¿qué secreto albergaba para evitar comentarla a uno de sus principales colaboradores? Pero la prudencia imponía calma. Tras el terror que había experimentado con las primeras frases lo único que le interesaba era abandonar cuanto antes aquella sala.

- Si no me necesitáis, majestad, he de volver a mis ocupaciones.

- Desde luego – concedió Justiniano, envuelto ya en sus reflexivas elucubraciones –, puedes retirarte.

Con una respetuosa inclinación de cabeza, Juan de Capadocia se encaminó al fondo de la alargada estancia, apresurándose hacia las puertas de bronce con la cabeza

plagada de preguntas sin respuesta, aunque contento por salir de allí de una pieza y con sus riquezas intactas.

Justiniano apenas prestó atención a la presurosa partida de su ministro. El problema monetario no estaba aún resuelto, pero había puesto la primera piedra para conseguir los fondos. Con la paga anteriormente destinada a los soldados tendría suficiente para comenzar a acumular materiales de construcción y contratar a los maestros que deberían dirigir las obras. Podía enviar las órdenes para comenzar los preparativos esa misma mañana. Sin embargo, aún restaba otro gran problema al que debía enfrentarse para culminar su idea.

La gran basílica de Santa Sofía ya se erguía junto al Augusteon. El Señor había mostrado su designio claramente la noche anterior. Su ofrenda no podría levantarse en ningún otro lugar. Su nueva y monumental iglesia formaría el vértice del triángulo en el que se asentaría su nuevo imperio, palacio, iglesia e hipódromo. Rey, fe y pueblo, la base sobre la que se levantaría la nueva Roma. Sin embargo, Santa Sofía era la basílica más querida por los romanos. Edificada por Constantino, había sido reconstruida por Teodosio siguiendo su modelo original después de que parte se derrumbara en un incendio cien años antes. No sólo albergaba la sede del patriarca, era el corazón en el que latía la ortodoxia cristiana de la ciudad. Anunciar su demolición sería impensable, por muy esplendorosa que fuera la basílica que la sustituyera, derribarla constituiría un verdadero sacrilegio que ni el pueblo ni la iglesia consentirían. Por un momento deseó que el Señor le hubiera impuesto una carga más ligera, pero era lógico que nada sino la más importante de las iglesias del imperio pudiera satisfacer la voluntad del Todopoderoso. Por ello, la amarga cuestión que se le presentaba era encontrar la forma de demoler Santa Sofía sin incurrir en la ira del patriarca y del pueblo.

Ahora, Justiniano se veía enfrentado a un problema que no sabía cómo resolver. Sentado sobre su trono, lo único que pudo hacer fue elevar una plegaria a Dios, suplicando que le iluminara.

- ¿Y bien?

Aecio sonrió al ver como el aprendiz fruncía el ceño, mientras observaba el ojo del paciente con toda la atención de la que era capaz. Le divertía la irritación de sus alumnos cuando se mostraban imposibilitados para ofrecer un diagnóstico fiable. Pensaba que un aspirante a físico que no se frustraba ante su propia inexperiencia no se encontraba motivado para continuar aprendiendo.

- No estoy seguro – dudó el joven, abriendo más los párpados del paciente en un vano intento de observar mejor sus ojos.

El enfermo apretó los dientes, en una mueca que delataba las molestias ocasionadas por el descuidado examen efectuado por el asistente.

- Recuerda lo que dijo Hipócrates – advirtió Aecio, poniendo una mano sobre el tenso brazo del aprendiz –, *primum non nocere*, lo primero es no hacer daño.

El joven alivió la presión sobre los párpados de su paciente, lo que éste agradeció con un hondo suspiro.

- ¿Principio de *pterygion*? – dijo finalmente, sin que su voz sonara en exceso convencida del diagnóstico.

Aecio se pasó una mano por la cabeza mientras negaba suavemente, alisando su fino cabello salpicado de diminutas canas. A pesar de que tan sólo contaba treinta años, su coronilla comenzaba a despejarse con celeridad, al tiempo que finas arrugas

enmarcaban sus ojos. Aunque el ansia de conocimientos se mantenía tan vivo en su interior como en su juventud, el continuo contacto con la enfermedad y la muerte parecía haberle desgastado. A veces tenía la sensación de que cada nueva experiencia alimentaba su mente a costa de su cuerpo, como si éste no fuera más que una burda atadura del alma, que se va derruyendo poco a poco a medida que su espíritu se completaba. En cierta medida, aquellos aspirantes a *iatroi* le recordaban a sí mismo, cuando todavía era un simple jovencuelo ansioso por aprender todo cuando la ciencia podía depararle. En algunos momentos incluso desearía cambiarse por ellos, para poder disfrutar otra vez del placer de enfrentarse de nuevo a la exploración de los innumerables misterios que plagaban la casi mágica práctica médica.

Afortunadamente para él, su padre disponía del capital suficiente como para granjearle el sueño de cualquiera que aspirara a convertirse en un físico de renombre. Mientras la mayoría, como sus propios alumnos, debía conformarse con ser tutelados por un médico en activo, o acababan convertidos en poco más que santeros y matasanos, Aecio cursó los cuatro años preceptivos para sentar las bases de la profesión en la mejor de las academias del imperio, la escuela de Alejandría.

- Es más fácil que todo eso, ¿no crees? – comentó Aecio, dirigiéndose al segundo de sus alumnos.

- Tracoma – respondió el interpelado con aire de suficiencia, al tiempo que se esmeraba en alisar su recién ganada túnica violeta, la que le identificaba como uno de los *mesoi*, los ayudantes expertos que se encontraban a sólo un paso de obtener la ansiada túnica azul, el símbolo de los *iatroi*, los médicos.

- La enfermedad del ojo áspero – confirmó Aecio –. ¿Recuerdas sus fases?

- Es una enfermedad que afecta al párpado – intervino el primero de los aprendices, tratando de reparar su falta de tino en el diagnóstico –. La primera etapa muestra enrojecimiento. Se recupera el color normal en la segunda, pero aparece el dolor y la incomodidad. En ambas el ojo llora profusamente. La tercera tiene bultos grandes y separados que parecen un higo abierto mientras que la cuarta provoca irregularidades duras y ásperas. Si no se trata provoca ceguera, pues se produce el *entropión*, los párpados se doblan hacia dentro y las pestañas lastiman la córnea.

- Pero eso no le pasará a nuestro enfermo – aseguró Aecio con una sonrisa, al observar el respingo dado por el paciente al escuchar la última frase del joven aprendiz – En las primeras fases se trata por medio de un simple colirio, cualquiera de los quince *trachomatikon* recomendados por Galeno. Todo irá bien.

- ¿No van a acogerme? – preguntó el enfermo, esperanzado.

- No será necesario – negó Aecio –. La aplicación del colirio es bastante sencilla. Mis ayudantes le acompañarán a ver al farmacéutico y éste le proporcionará las medicinas necesarias y le enseñará cómo debe administrárselas.

- También me duele la pierna – insistió el enfermo, levantando una de ellas.

- A juzgar por como andabas al entrar no creo que tengas nada que no se arregle con un buen baño y un plato caliente.

El paciente trató de sonreír, mostrando su descuidada dentadura, aunque la forzada mueca no pudo ocultar una profunda decepción. Como la mayoría de los que acudían al *xenon*, el hospital en el que Aecio prestaba sus servicios como médico, aquel pobre pedigüeño no era más que uno de tantos desheredados que aprovechaban cualquier pequeño síntoma para tratar de conseguir comida y un techo durante una breve temporada. Dada la creciente penuria que acuciaba al imperio, fruto de los desorbitados impuestos, y con los hospicios religiosos a rebosar, a Aecio no le sorprendía la reiterada intención de los más desafortunados por acudir a los escasos hospitales públicos, sin que su prioridad fueran los cuidados médicos.

El hospital de Sansón, el más antiguo y prestigioso de Constantinopla, atendía a cualquiera que recalara ante sus puertas, rico o pobre, hombre o mujer, sin que el enfermo tuviera que costear siquiera una moneda. El santo asceta a quién debía su nombre llegó a la ciudad con una simple capa como única posesión. Fue el primero que tuvo la idea de unificar la ciencia médica con la caridad cristiana, proporcionando a los pacientes a quienes atendía comida y una cama, creando una nueva institución a partir de los antiguos *xenones*, los hospicios para pobres. Su humilde casa aún se levantaba cerca del recinto del hospital, convertida en improvisado centro de peregrinaje de los pacientes, en busca de curaciones milagrosas para los más persistentes males.

Muerto su fundador, el hospital había crecido gracias a la filantropía de fondos privados, herencias o subvenciones imperiales, escrupulosamente administradas por el *xenodochos*, el director a cargo de la institución. Y si bien, inicialmente, eran los monjes quienes se ocupaban de tratar a los pacientes, ahora habían sido sustituidos por médicos expertos, auxiliados por aprendices de medicina, sirvientes, lavanderas, farmacéuticos, cocineros, mozos e incluso un panadero. Casi medio centenar de personas trabajaban para asistir a otros tantos enfermos.

El paciente se incorporó con un quejido, renqueando detrás de los auxiliares en un burdo intento de mostrar un estado físico peor del que realmente ofrecía. Otro *iatroi* se encaminaba hacia ellos, y el mendigo aún albergaba la fútil esperanza de que este segundo médico cayera en el engaño. Sin embargo, pese a los evidentes esfuerzos del enfermo, el físico rodeó al pequeño grupo y se encaminó directo hacia Aecio.

- ¿Aún sigues aquí? – le preguntó

- Aún – respondió Aecio encogiéndose de hombros –. Era un caso interesante para una lección.

- Ya casi es mediodía. Yo en tu caso ya estaría visitando a mis pacientes privados, escuchando el tintineo del oro mientras escapa de sus bolsas y entra en la mía.

Aecio asintió con una sonrisa. Desde que el edicto de Justiniano disolvió el grupo de *archiatroi*, o médicos municipales, adscribiéndolos a instituciones públicas para ahorrarse sus sueldos, sus compañeros de profesión parecían haber iniciado una agria carrera por compensar la pérdida de los más de cien *sólidos* de oro que recibían antaño de las arcas públicas.

Dado que los *xenones* no podían permitirse semejantes sueldos, rebajándolos casi a la décima parte, Justiniano había compensado a los médicos con un sistema de turnos. Dos *iatroi* compartían el mismo puesto en el hospital, ejerciendo en meses alternos. El mes que libraban, los físicos se dedicaban a la medicina privada, cobrando generosamente por sus consultas a los pacientes que pudieran costearse el mejor de los tratamientos. Invasado por esa repentina sed de oro, su colega no podía comprender que Aecio, el primer día del mes privado, perdiera su tiempo en adiestrar a un puñado de jóvenes, en lugar de limitarse a traspasar los pacientes a su sustituto para correr a recolectar el oro de los patricios tratando sus innumerables achaques.

- Tratas demasiado bien a los auxiliares – insistió el médico recién llegado –. Por tu culpa se pasan el mes entero mirando por encima de mi hombro.

- Son jóvenes, y tienen interés por aprender.

- Son como moscas zumbando alrededor de una herida. Resultan igual de molestas, con su continuo soniquete de preguntas. ¡Así no hay manera de trabajar!

- Deberías tener más paciencia con ellos – apuntó Aecio –, recuerda que todos hemos sido estudiantes alguna vez. ¿Qué hubiera sido de nosotros en Alejandría si nuestros profesores no hubiesen sido pacientes?

- Cierto, pero ellos dedicaban su tiempo a enseñar – replicó el otro médico –. No tenían que ocuparse de una sección entera de enfermos. Allí la medicina se vivía de otra forma.

- Sí, más tranquila, aunque sin el aliciente que proporciona sanar.

- Yo cambiaría todos esos alicientes por reencontrarme con algunas de aquellas egipcias de piel de ébano. Ni siquiera en Constantinopla he hallado bellezas semejantes.

Aecio rió de buena gana la ocurrencia de su colega, mientras su mente viajaba en un parpadeo a la encantada ciudad del delta, recuperando la pegajosa sensación de calor húmedo que le acompañaba durante las clases. En su cabeza resonaron de nuevo las palabras de sus profesores, mezcladas con el lejano eco de la multitud que abarrotaba el transitado puerto de la ciudad.

Pese al desprecio que sus colegas mostraban por la enseñanza a los aprendices, a Aecio le hubiera gustado disponer de la oportunidad de transmitir sus conocimientos de la misma forma que en aquella famosa escuela. Sus maestros escogían once de los tratados de Hipócrates y quince de los de Galeno, explicándolos poco a poco. Del primero se leían los principios generales de la medicina o aforismos, hasta llegar a las discusiones especializadas; del segundo se estudiaba anatomía, fisiología, diagnósticos y terapias.

Sin embargo, debía admitir que su compañero tenía razón. El método utilizado por los eruditos alejandrinos resultaba incompatible con la práctica de la medicina. Se estudiaban los escritos de los antiguos maestros frase a frase, primero detallando el significado de cada palabra técnica, después la lógica de la frase en su conjunto y, por último, los comentarios de diversos expertos, razonados por el profesor. No se acudía a visitar a pacientes junto a los maestros hasta el último año. Sólo entonces se obtenía la ansiada práctica o se revisaba el trabajo de otros autores, como Alejandro de Aphrodisias, Themistio y Simplicio, e incluso los novísimos comentarios de Ammonio al De anima de Aristóteles. Dada su posición actual, tanto a Aecio como a cualquiera de los *iatroi* que trabajaban en el hospital, les resultaba imposible olvidarse de la práctica médica durante tres años para dedicarse a la formación teórica de sus alumnos. Sin embargo, era algo que siempre aguijoneaba su amor propio, como si un diablillo interior le tentara a menudo a emular a sus antiguos maestros, para medir la fuerza de su erudición con la de los sabios alejandrinos.

- ¿No te has planteado volver alguna vez? – preguntó Aecio, con los ojos perdidos en el infinito, aún rememorando los bellos campos de papiro que circundaban la urbe egipcia.

- ¿A Alejandría? ¿Y quién no? Pero soy demasiado viejo para soportar el infesto calor de Egipto. ¿Estás pensando en cambiar de aires?

- A veces se me pasa por la cabeza – respondió Aecio esbozando una tímida sonrisa, como un niño al que se le descubre en una falta –. Aquellos fueron mis mejores años. Y aunque sé que ya no volvería a ser lo mismo de vez en cuando fantaseo con subirme a un barco y arrumbar hacia el sur.

- En el tiempo que pierdes aquí fuera de tu mes de trabajo podrías ir y volver dos veces.

- No insistas, ya me voy – cedió Aecio, con una sonrisa.

Antes de irse recogió la caja de madera en la que transportaba su instrumental y las medicinas más usuales. La portaba junto a la cadera, colgada de su hombro mediante una correa de cuero. Había planeado recalar en casa de alguno de sus pacientes privados ese primer día de mes y, aunque el tiempo se le había echado encima, decidió mantener sus planes. Después de todo, aparte de sus queridos libros, nadie le esperaba en casa.

Sentado sobre un taburete de madera alrededor de una mesa circular, Valente contemplaba el continuo ir y venir de gente que abarrotaba la calle Mese.

Cada semana compartía mesa con varios de sus compañeros en el senado en una de las casas de comidas que flanqueaban la avenida principal, cerca del Augusteon, donde se levantaba el edificio del senado. Aunque por las tardes el establecimiento se transformaba en una conocida *phouskaria*, una taberna de pésima reputación en la que se servían hidromiel, vino y bebidas fermentadas, durante el almuerzo las excelencias de su cocina atraían a muchos de los selectos patricios, hambrientos tras una mañana de inacabables discusiones políticas.

A punto de cumplir cincuenta años, su enjuto rostro apenas dejaba traslucir la creciente sensación de hastío que le embargaba. Aunque mantenía la estricta observancia del decoroso hábito de vida que caracterizaba a un senador del imperio, la ilusión con la que antaño vivía la representación cívica se había ido diluyendo poco a poco, hasta dejar en su interior un mero vacío, como si se hubiera convertido en una simple cáscara, una mera estatua hueca, capaz de engañar a cualquiera menos a sí mismo.

El senador escuchaba la charla de sus colegas con aire distraído, manteniendo la vista sobre la multitud, como si la continua discusión en la que se enzarzaban los demás asistentes al almuerzo resultara en exceso aburrida. Mientras bebía pequeños sorbos de vino de su tosca copa cerámica, deleitándose con el ligero sabor a resina de pino que impregnaba su bebida, comprobaba como la conversación se enquistaba en torno al mismo y repetitivo tema.

Era notoria la animadversión que Justiniano profesaba hacia el senado. Para el emperador, tan sólo se trataba de una vetusta institución, cuyo único fin consistía en dar legitimidad a una nueva coronación. Sin embargo, durante los primeros años de su gobierno, había mantenido la vieja ficción de las consultas, en las que el emperador proponía sus nuevas leyes y actuaciones a votación. Mero trámite abolido meses antes, lo que causó un profundo resentimiento en los viejos patricios, como si éstos no quisieran ser conscientes de su escaso protagonismo.

- No parece interesarte el tema – afirmó Orígenes enarcando una ceja.

- En absoluto – repuso Valente, fijando la mirada sobre el senador que se encontraba a su lado, su más fiel amigo dentro del selecto grupo de los *illustres*, el rango senatorial más alto y el único que conllevaba el derecho a hablar libremente en el senado –, únicamente me hastía lo repetitivo de este discurso. Aún estoy esperando a que alguien diga algo nuevo.

Orígenes mostró sorpresa ante la respuesta. A sus cuarenta años, a pesar de su probada erudición, era el senador más joven de los presentes, a la par que uno de los más conocidos por su fogosa pasión cuando se trataba de discutir sobre el gobierno del emperador. Se enorgullecía de poseer la mayor biblioteca privada de la ciudad, en la que sobresalían manuscritos de Tácito, Suetonio, Virgilio y otros grandes escritores romanos. Sin embargo, era más conocido entre sus colegas por su excesiva afición a las jóvenes que por su experta retórica.

- Tal vez ahí radique el problema – apuntó otro de los presentes –, el discurso es siempre el mismo porque el problema no cambia, aunque sí se agudiza.

- Ahora Justiniano se niega incluso a consultar al senado – añadió un tercero, tratando de vocalizar correctamente a pesar de la ausencia de la mayor parte de su dentadura.

- Todos sabemos que las consultas eran meras formalidades – respondió Valente, mientras jugueteaba distraídamente con el extremo de la banda entrecruzada en la que

se había transformado la toga *picta*, heredera de la antigua toga romana, que lucía sobre su inmaculada túnica *talaris* y el correspondiente *colobium*, o prenda ancha sin mangas ceñida por una estrecha faja escarlata a modo de cinturón –, no recuerdo vez alguna en que el senado denegara alguna petición del emperador.

- ¡Pero es la tradición! – gritó el desdentado senador –. Desde que Roma era una república el senado...

- No volvamos al cuento de la república – atajó Valente –, eran otros tiempos. El problema no es la inutilidad del senado.

- ¿Cuál es entonces? – preguntó Orígenes, al tiempo que su mirada se desviaba hacia la propietaria del establecimiento, sin duda imaginando las lúbricas funciones complementarias que se presuponia de toda tabernera.

- Poder y dinero, por supuesto – respondió Valente, exasperando a los presentes con un corto silencio, mientras se echaba a la boca parte de las nueces que salpicaban su apetitosa ensalada –. A ninguno le importaba su nimio papel hasta que Justiniano prohibió la extorsión de los pequeños propietarios y la herencia de todas las tierras por parte del primogénito, como forma de socavar la posición de los grandes terratenientes. Aunque el auténtico punto de inflexión se produjo cuando nombró a Juan de Capadocia como prefecto de oriente, con capacidad para recaudar los impuestos. No nos engañemos, es su afán de proveer de fondos al estado lo que enerva a los patricios. Supongo que no estamos acostumbrados a pagar tasas.

- Es la plebe la que debería contribuir – afirmó uno de los presentes.

- El pueblo ya se encuentra al límite – intervino Orígenes, apoyando el punto de vista de su amigo –. Juan ya les exprime hasta la extenuación. Muchos pequeños propietarios se han visto abocados a la miseria y ahora engrosan las filas de los marginados. Cada vez hay más desempleados vagando por la ciudad. Las casas de asistencia y los asilos de los monasterios rebosan. Constantinopla entera parece una inmensa cloaca a donde han ido a parar todos los desheredados.

- A Justiniano la situación se le va de las manos – comentó otro –, no se puede gobernar sin contar con la aristocracia.

- Senadores y terratenientes no somos necesarios – replicó Valente –, nuestro único ascendiente es el poder económico, si nos quita eso el emperador sabe que estaremos acabados.

- ¡La nobleza romana no lo permitirá! – gritó el anterior, dando un puñetazo en la mesa que hizo zarandearse las copas de vino.

- La nobleza romana apenas existe mi buen amigo – dijo Valente –. El emperador tiene la suficiente inteligencia para atar bien los cabos antes de tomar una decisión. Creo que le subestimáis.

- ¿En qué te basas para decir eso?

- Muy sencillo – explicó Valente –, antes de actuar contra los nobles ha prohibido sus ejércitos privados, asegurándose de que ninguno de ellos pueda replicar con una sublevación. Oprime al pueblo pero le premia con fastuosos espectáculos circenses, haciendo que se olviden de su miserable existencia. Mantiene el apoyo total a los azules, permitiendo, de hecho, que gobiernen la ciudad, ayudándole a controlar a la plebe. Persigue a los herejes, mostrándose como bastión de la fe ante el patriarca, sin embargo tolera a los monofisistas egipcios, para no perjudicar al granero del imperio. En definitiva, nunca tira de un cabo sin tener el otro bien sujeto. Es un equilibrista que nunca se queda sin apoyos.

- El ejército siempre ha estado controlado por generales de su círculo más íntimo – corroboró Orígenes –, y quien posee la espada posee la fuerza.

- ¿Insinuáis que utilizará al ejército o a parte del pueblo contra nosotros si es necesario? – inquirió uno de los senadores bajando la voz, consciente de que la *sekreta* de Justiniano tenía oídos en cada rincón de la ciudad.

- Desde luego – confirmó Valente –, del mismo modo que nos usará a nosotros contra el pueblo llegado el momento.

- El senado nunca se dejará utilizar por el hijo de un granjero – repuso uno de los comensales alzando la cabeza en gesto de dignidad –. Ni siquiera alcanzo a entender cómo un ser tan despreciable ha conseguido sentarse en el trono.

- ¿No has escuchado el chascarrillo que corre por la ciudad? – replicó otro de los presentes –. Se dice que Dios se apareció en sueños a un clérigo y éste le preguntó: ¿es cierto que todos los emperadores son nombrados por mandato divino? La respuesta fue afirmativa, ante lo que el clérigo replicó: Entonces, oh, Señor, ¿por qué enviaste al maldito déspota Justiniano? Y, ¿adivináis lo que respondió el Señor? ¡Porque no pude encontrar a nadie peor!

Un coro de risas recompensó la ocurrencia del senador, alegrando de forma momentánea el malhumorado ambiente que mantenían los congregados.

- Así que Justiniano es el castigo de Dios a nuestros pecados – resumió Valente con una sonrisa –. Nunca creí que los romanos fuéramos tan malévolos como para merecer semejante penitencia. Al menos resulta un consuelo saber que el pueblo le odia tanto como nosotros.

- Pobre consuelo es ese – indicó otro –. La chusma no es capaz de hacer nada de provecho. Lo único que espero es que, antes o después, ese tirano cometerá un error y será entonces, cuando pida nuestra colaboración, que pagará por su insolencia.

- Siempre es posible – sopesó Valente –, pero tendría que ocurrir algo totalmente inesperado.

- Y mientras tanto, ¿nos sentaremos a contemplar como el imperio se llena de bárbaros y herejes? Me pregunto qué queda de la gloria de Roma.

- Roma está en poder de los descendientes de Teodorico – afirmó Orígenes con solemnidad –, y no hay más que contemplar a las tropas que han luchado en oriente para darse cuenta que hace mucho que los romanos no estamos en disposición de prescindir de los bárbaros.

- ¡Maldito Justiniano! – masculló uno de los senadores, antes de ahogar sus pensamientos en el fondo de su copa de vino.

Los ojos de Valente se deslizaron de nuevo fuera del estrecho círculo de patricios, posándose otra vez en la abigarrada multitud que abarrotaba la avenida empedrada. Desearía que sus compañeros tuvieran razón, y que llegara el día en que el emperador dependiera de ellos, pero la lógica de la normalidad imponía lo contrario. Por mucho que ansiara un cambio, por desgracia nada parecía indicar a Valente que los aburridos días de inútiles charlas con sus colegas en el senado fueran a terminar.

La puerta se cerró a su espalda con un golpe seco.

La oscuridad de la noche tragó a Vitaliano, envolviendo al carpintero en su negro halo, mientras el gélido y húmedo aire del exterior le producía un escalofrío, obligándole a arrebujarse en su gruesa capa de lana.

Durante unos segundos se mantuvo bajo el dintel, dando tiempo a sus ojos a acostumbrarse a la penumbra. Los criados de la villa le habían ofrecido una lámpara de aceite para alumbrarse por las angostas callejuelas, pero Vitaliano no tenía la menor intención de aceptarla. En las peligrosas noches de Constantinopla, la luz atraía a los salteadores como la miel a las moscas.

Poco a poco sus pupilas se dilataron, captando el tenue brillo del empedrado, que resplandecía pálidamente al ser acariciado por el intenso fulgor de la luna. Las formas de los edificios cercanos comenzaron a dibujarse sobre el horizonte, surgiendo de la negrura pórticos y fachadas, terrazas y ventanas, así como estrechas calles, como negras bocas que hendían el camino.

Tomó aire y comenzó a andar. En el silencio, el rumor de sus pasos llegaba a sus oídos como un estruendo casi imposible de pasar por alto. Nunca se le hubiera ocurrido salir a hora tan tardía, pero el senador al que estaba amueblando todo un piso de su nueva casa había amenazado con no pagarle si no terminaba esa misma noche. A escasos días de la Epifanía del Señor, el rico propietario deseaba disponer de su nuevo mobiliario para ofrecer una fiesta a sus más allegados y, aunque Vitaliano era uno de los mejores carpinteros de su gremio, necesitaba el dinero tanto como cualquiera de sus ayudantes. No podía permitirse el lujo de enemistarse con alguien tan poderoso.

Hubiera deseado contar con Héctor, no sólo para sustituir a uno de sus aprendices, sino para confortarse con las anchas espaldas del ateniense a la hora de regresar a su casa. Sobre todo cuando el entusiasmado senador, en franca desavenencia con la tradicional costumbre de las clases ricas, había satisfecho los honorarios del carpintero con puntualidad, alargando una pesada bolsa a su empleado justo antes de arrojarlo a la negrura del exterior. De este modo, cansado por la larga jornada y abrumado ante el peso de su precipitada paga, Vitaliano se había visto abocado a atravesar en solitario las oscuras callejuelas de la capital del imperio hasta llegar a su casa.

En las cercanías del Gran Palacio, donde se afincaba su adinerado patrón, rateros y salteadores abundaban en gran número. La proximidad de las clases pudientes y de los muros de la residencia del emperador no libraban a ese barrio de ser el más conflictivo de la ciudad una vez el astro rey desaparecía del horizonte. El dinero llama con fuerza a aquellos que lo desean lo suficiente como para arriesgar su vida. Y en una Constantinopla atestada de gente sin trabajo, el número de desesperados aumentaba sin cesar.

Vitaliano se internó con precaución en los estrechos callejones. Su asustada mente imaginaba una sombra tras cada esquina, confundía el ondulante reflejo de la luna sobre el agua de las fuentes con el brillo de un puñal, y escuchaba pasos y voces ahogadas donde no había sino ratones. Su frente se perlaba de sudor a pesar del intenso frío de la noche.

Tras apresurados pasos y algunos giros llegó hasta el nacimiento de la calle principal, la que comunicaba el Augusteon con la puerta dorada, encontrándose con gente por primera vez. Un grupo de esclavos, dirigidos por un capataz, baldeaban el ancho camino, en su nocturno intento por librar al empedrado del estiércol que los animales de tiro dejaban tras su paso, convertido en polvo por los miles de pies que transitaban por ese mismo trayecto durante el día.

El capataz le observó con recelo a la luz de las lámparas de aceite situadas bajo los pórticos de la calle Mese. Su mirada mordaz no resultaba amistosa, aún así, encontrar compañía tranquilizó a Vitaliano, que se alejó con paso más sereno calle arriba. Sin embargo, tras alejarse unos pocos pasos del grupo de trabajadores, las hoscas miradas de los pordioseros que dormitaban entre los altos pórticos que flanqueaban la calzada hicieron recelar al carpintero de la idoneidad de esa ruta. La escasa iluminación nocturna de las calles principales de la ciudad no resultaba un obstáculo para los asaltantes, y al amparo de los soportales se concentraba la mayor parte de los vagabundos y desamparados que inundaban las calles. El pensamiento de un encuentro no deseado se fue abriendo paso en su interior, decidiéndole a retroceder hasta el

cercano Augusteon, para rodear la basílica hasta llegar al puerto. A pesar de lo intempestivo de la hora, siempre existía actividad en los malecones que rodeaban el Cuerno de Oro, ya fueran pescadores, mercaderes en busca de evadir las aduanas o porteadores de mercancías.

Con un rápido giro deshizo el camino, eludiendo los charcos dejados sobre el pavimento por los esclavos, acercándose a la inmensa construcción de Santa Sofía, que recortaba su silueta contra la tibia claridad de la noche. Ya en las cercanías de la basílica el carpintero recobró la confianza. El sordo tintineo de las monedas bajo su capa le hizo recuperar la sonrisa mientras trataba de calcular su beneficio, una vez descontada la paga de sus ayudantes y los gastos de la madera.

‘Un buen pellizco en cualquier caso’ pensó, al tiempo que se adentraba en una pequeña plaza, formada por la confluencia de varias calles.

Se detuvo. Esta vez no era su imaginación, ni un falso reflejo de la luna. Tan sólo fue un instante, tiempo suficiente para vislumbrar una sombra fugaz que se agazapaba tras unos árboles, en el pequeño patio ajardinado que rodeaba la estructura rectangular de la iglesia.

Se quedó helado. No podía creer que alguien se atreviera a asaltarle en las cercanías de la principal iglesia de la ciudad, consagrada a la divina sabiduría. Sin embargo, varias muertes se habían sucedido en los últimos días. Algo que, añadido al peso de su bolsa, le convenció de que sería más prudente dar un rodeo, evitando la amenazante figura.

Se adentró en un estrecho callejón a su izquierda, formado por las altas fachadas de dos edificios de cuatro plantas, alejándose de su dirección inicial. Entre sus muros apenas se abría espacio para dos hombres uno al lado del otro, lo que hacía imposible que alguien se escondiera entre las sombras. Avanzó rápido, mirando hacia atrás de soslayo, incómodo ante cualquier reflejo que aparecía a su espalda, maldiciendo el ruidoso chapoteo que producían sus pies al golpear sobre el barro que, en ausencia de empedrado, llenaba el suelo.

Apenas a unos metros de la salida del callejón miró de nuevo a su espalda, sin lograr atisbar ningún indicio del supuesto ratero. Comenzó a pensar que había actuado con la suficiente antelación como para evitarlo, que quién quiera que fuese no tuvo tiempo de darse cuenta de la presencia de tan succulenta presa antes de su providencial cambio de rumbo.

No los vio hasta que giró de nuevo la cabeza. Eran tres, bloqueando por completo la cercana salida del callejón. En la cerrada oscuridad de la noche resultaba imposible distinguir detalle alguno, cualquier cosa que no fuera el amenazante aliento que surgía de sus caras, como un tibio humo que presagiaba el ataque de los lobos.

Dio media vuelta y echó a correr, resbalando en el embarrado piso hasta caer de bruces. Se levantó torpemente, mirando hacia atrás con temor. Tratando de incorporarse, mientras contemplaba como el tenebroso grupo se aproximaba con parsimonia, plenamente conscientes de su superioridad, de lo innecesario de apresurar su cacería.

Vitaliano se lanzó de nuevo a una alocada huida, apoyando sus manos en una de las fachadas que se elevaban a ambos lados, como recios muros que se cerraban sobre él. Consiguiendo apenas distanciarse de aquellos mensajeros de muerte.

Aceleró la carrera al llegar al final del callejón, justo en el momento en que vio brillar la daga, en el instante en el que resultaba imposible esquivarla pero aún con tiempo para darse cuenta de lo que ocurría.

Notó un dolor agudo y profundo en el estómago. Dando un traspié se alejó de sus perseguidores, mientras se encogía sobre sí mismo al correr. Al apretar su mano

contra el vientre notó finos hilos de tibio líquido escapándose entre sus dedos, empapando sus ropas. Comenzó a sentir frío, un gélido cosquilleo que le subía por las articulaciones, como si la vida se fuera replegando de su cuerpo hasta llegar al corazón, el último reducto donde podría encontrar calor.

Contempló la grisácea estructura de piedra de la basílica a su lado, encaminando sus pasos hacia la entrada en busca de ayuda, trastabillándose con cada losa que sobresalía del suelo. Cuando dobló la esquina, alcanzando el pórtico columnado que daba acceso al atrio, el patio interior de la basílica, sus piernas apenas le mantenían en pie. Avanzó lentamente, con la respiración entrecortada y la mirada fija en el frontón triangular que marcaba el emplazamiento de las puertas, ascendiendo uno a uno los escalones de mármol sobre los que descansaba la estructura.

Al llegar al último se derrumbó sobre el suelo, extendiendo una mano suplicante hacia las cerradas hojas de bronce, antes de que un espasmo de dolor le obligara a volverse boca arriba, buscando inútilmente una postura que aliviara el fuego que devoraba su estómago.

Giró lentamente la cabeza observando la cruz que coronaba el vértice del friso que enmarcaba la puerta, contemplando como su forma se desdibujaba poco a poco, enmarcada por los oscuros rostros de sus enemigos, que se agrupaban en torno suyo. Le miraban sonrientes, como si contemplaran con orgullo el resultado de su macabra obra. Ninguno pronunció palabra, ni siquiera cuando Vitaliano balbuceó una plegaria antes de morir.